

## MICROENAMORAMIENTO

Me gustan mucho las palabras inventadas. Me gusta jugar a crearlas. Me parece una cualidad cuasi mágica del lenguaje. Me gusta tomar un *plafelito* o lo que se traduciría como el estrafalario maridaje de mojar un plátano en un café. Despedirme con *abrabesos* que no son besos que abrasan, ni tampoco besos que abrazan, sino la conjunción lingüística materializada de abrazos acompañados de besos. O encontrarme a Rosa, mi compañera de casa, algunos domingos lidiando con su resaca en el sofá, bautizada comúnmente como *Rosaca*. Y es que el lenguaje es fascinante. En cualquier lengua.

En euskera, la palabra 'horizonte' procede de la unión de *ortzi* que significa cielo y *muga* que se traduce como límite. Así que podríamos entenderlo como 'el límite del cielo'. 'Desierto', por ejemplo, es *basamortu*, donde se unen *baso*, que es bosque, y *mortu*, que es páramo, yermo. 'El bosque yermo', ¿no es precioso? Los japoneses describen acciones o cosas que pasan y las condensan en una sola palabra. *Komorebi* habla de los rayos de sol que se cuelan entre las ramas de los árboles. *Koi No Yokan* habla de la sensación que tenemos las personas cuando conocemos a alguien y sabemos que irremediablemente vamos a acabar enamorándonos de ella. Yo he tenido uno de esos hace poco, pero en mi lenguaje inventado, aunque con menos clase, lo he denominado *microenamoramiento*.

Un *microenamoramiento* no es exactamente lo mismo que *Koi No Yokan* porque es algo instantáneo, del momento. Tampoco es un flechazo porque el *microenamoramiento* termina desvaneciéndose y, generalmente, es unidireccional. Me gusta la contraposición de algo tan pequeño frente a algo tan grande. En mi cabeza es algo así como un enamoramiento intenso pero fugaz que sucede en un periodo muy corto de tiempo pero te deja en las nubes durante largo rato, con un poso dentro y una sonrisa fuera preciosos y que, finalmente, terminan por esfumarse. Puede pasarte en el autobús, en la farmacia o subiendo en ascensor. Yo sin embargo, me he *microenamorado* de mi psiquiatra.

En mi primera visita al psiquiatra llegaba tarde. Siempre llego diez minutos tarde a todas mis citas. Acelerada por el paso, llegaba muerta de calor. No sé en qué momento mi cabeza había registrado que me recibiría una mujer de mediana edad. Quizá era sólo un pensamiento de autoengaño para mantenerme tranquila. "Siéntese, ahora vendrá el doctor a buscarla". "¿Doctor?", pienso. "Mierda, no sé cuántas ganas tengo de contarle a un señor todo lo que hay en mi cabeza". Voy rápido al baño. Tengo la vejiga como una nuez. Al salir, me cruzo con un tipo con una presencia que no me pasa desapercibida.

Antes de llegar de vuelta a la sala de espera, oigo mi nombre en boca de una voz súper masculina. "¿Victoria? Hola, soy L, tu psiquiatra. Encantado. Acompáñame por aquí. Hoy

estará con nosotros Jesús, un practicante. Espero que no te importe”. L es el tipo con presencia casi divina que me había cruzado en el pasillo al salir del baño. “¡Maldita sea! El señor al que voy a tener que contarle que ando del revés, debe tener mi edad y está como un queso”. Trago saliva, respiro profundo y trato de calmarme.

Entramos. Hace doscientos grados en aquella sala sin ventanas. El calor es insoportable, no se puede casi respirar. Y yo es lo único que necesito ahora, respirar para poder devolverme a la realidad. El calor que traigo de la calle, más el que brota de mi cuerpo provocado por los nervios, sumado al calor que me invade cuando me encuentro sentada frente a él y me percató de lo atractivo que es, desencadenan unos sudores que me hacen transpirar todavía más. “Otro bucle infinito. No puede ser...”

Respiro al fin. Empiezo a contarle. Me desnudo frente a él. Le hablo de mi enfermedad crónica, de cómo ésta tiene absolutamente controlada mi vida. De cómo cada decisión que tomo está influenciada por los síntomas. Todas y cada una de las decisiones de mi vida. Llevo en paro unos meses y me encuentro totalmente bloqueada a todos los niveles, no sé hacia dónde ni cómo avanzar. Me devora la ansiedad y siento que a pesar de todos mis esfuerzos no avanzo. No puedo tomar decisiones. La ansiedad se ha apoderado de mí y no me deja pensar con claridad. Y soy consciente de que no soy eso, sino lo que hay debajo de todo eso. Yo no soy mi cabeza, soy lo que hay sumergido bajo esa capa gris que me apaga casi cada día. Pero no soy capaz de acceder a ella, no sé cómo hacerlo.

L me escucha con atención. En procesos donde hay enfermedades crónicas es normal lo que estoy viviendo y al parecer estoy metida en un bucle obsesivo que debemos parar. “Creo en el poder autocurativo del cuerpo”, le digo. Me gusta creer que igual que quizá esto vino en su día a contarme algo sobre mí que estoy desoyendo, se irá el día que reciba el mensaje. *La enfermedad es el mensajero del alma*, dicen, pero yo empiezo a estar cansada de los mensajeros, empiezo a querer *matar al mensajero*. Le cuento cómo es de frustrante. En días buenos donde los síntomas hacen menos ruido me ilusiono con la vida, con empezar proyectos, tanto vitales como profesionales, pero en cuanto cojo un poco de carrerilla es el propio cuerpo el que me frena. Es una sensación constante de empezar a alzar el vuelo y sentir como si alguien me agarrara los pies con fuerza, me parara en seco y me dijera sin piedad ninguna: “¿dónde te crees que vas?”. Una sensación constante de reconstrucción, de estar en obras, de empezar mil veces pero no acabar ninguna. Me agoto y me desespero. No tengo fuerzas. La vida pesa y se me hace a ratos insoportable. Vivir con dolor es insoportable. L escucha con atención. Me reconoce. ¿Me ve?

Jesús no existe en esa sala, ¿quién lo iba a decir? Alguien con ese nombre debería ser omnipresente. En aquel espacio sólo existimos L y yo y una banda sonora de violines

ensordecidora. Hablamos en profundidad de la enfermedad, de la vida y de cómo funciona la mente. Me gusta escucharlo, siento que podría pasarme horas frente a él atendiendo a su discurso, observándolo. Me gusta su manera de relacionar ideas, siento que podría debatir con él sobre algunas cosas que me interesan profundamente. Es un hombre joven, no tendrá más de treinta y cinco años pero sabe de lo que habla. Su forma de estar y su seguridad me resultan extremadamente atractivas. Ni siquiera nos hemos visto la cara, sigue siendo obligatoria la mascarilla, pero no hace falta, a mí ya me gusta un poco. Ya está pasando: “hay algo aquí, lo siento”. Mi mente racional me habla de que es normal ese comportamiento en él, es su trabajo. Pero no quiero escuchar a mi cabeza sino a mi sentir. Vuelvo. Me gusta su atención, su manera de moverse, cómo huele. Me gusta el pendiente que cuelga de su oreja izquierda. Sus manos grandes, masculinas. Me gusta que no lleve una bata blanca como indicativo de autoridad. Me gusta su presencia, su escucha y su forma de entonar cada frase, cómo modula y cómo pausa. Me gusta su comprensión, su curiosidad y cómo me tranquiliza cuando le digo que llevo siete años evitando a toda costa tomar pastillas porque confío en la sabiduría del cuerpo, pero que no puedo más y siento que sucumbo. Estoy aterrorizada, me asusta pensar si en el futuro seré capaz de funcionar sin ellas.

Me escribe en un *post it* el tratamiento y la fecha de mi próxima cita para revisión. “Tiene una letra preciosa, no podía ser de otra manera”. Guardo el *post it* como si de un tesoro se tratase. Al salir, lo leo y lo releo buscando su teléfono. Salgo inundada de L. Al llegar a casa y con este perfil obsesivo que me caracteriza, busco algún tipo de información sobre él en internet. Por lo poco que veo, podría ser gallego y podría gustarle el *trail running*, algo que deduzco al ver su nombre en las listas de marcas de dos carreras de montaña. Pero ni rastro de él en la red ni en redes. “¡Maldita sea! ¿Quién eres en realidad, L?”

Durante un par de días, L está en mí. Fantaseo mucho con él, estoy “rellena” de él. Me gusta fantasear casi tanto como inventarme palabras. Sé que se irá igual que vino. Y está bien, es la magia de los *microenamoramientos*. Aún así estoy deseando que llegue la siguiente cita para decirle que he pensado que no necesito pastillas, que con una dosis de su presencia bastaría para encontrarme mejor, pues creo que donde hay amor hay esperanza, y donde hay esperanza hay vida. Él podría determinar los tiempos, que para eso él es el profesional, pero yo insistiría en que cuántas más veces nos viéramos, mayor y mejor sería el efecto. Creo que no hay nada más bello que la ilusión de un posible *Koi No Yokan*. Mientras tanto, dejarnos sorprender por los *microenamoramientos* es fascinante. Llegan cuando menos te lo esperas, sin avisar, y sólo hay que estar abiertos a recibirlos, pues tienen el inmenso poder de insuflarle a una verdaderas ganas de vivir.